

LA IZQUIERDA BLANDA

Alfredo Joignant
Profesor Titular
Escuela de ciencia política
Universidad Diego Portales
www.alfredojoignant.cl

Hace pocos días atrás, Beatriz Talegon, en calidad de secretaria general de la Unión Internacional de las juventudes socialistas del mundo, criticó duramente a los dirigentes socialistas (especialmente europeos) que se encontraban reunidos en el salón plenario de este tradicional foro de izquierdas. ¿El motivo de la diatriba?: el enorme desempleo continental y el aumento de las desigualdades, incluso tras gobiernos de izquierda en el viejo continente. La reacción de las redes sociales no se hizo esperar: centenares de miles de *tweets* y 273.776 visitas a *youtube* al día 16 de febrero a las 17h25. Todo un fenómeno mediático. La eficacia del discurso de Beatriz Talegon se fundaba en una extraña disonancia (en el sentido en que “algo no suena bien”) entre el tono amable, casi dulce de esta joven dirigente española, la constatación de imposibilidad de realizar una revolución en un hotel de cinco estrellas como el que cobijaba la reunión y el uso introductorio y –a decir verdad- inapropiado del fraternal “compañeros”: si bien el video de *youtube* no muestra los rostros de los participantes en dicho plenario, es fácil imaginar el desconcierto, y tal vez el bochorno de no pocos ministros en ejercicio en distintos países liderados por socialistas o partidos que son miembros de la Internacional Socialista y de su rama juvenil. Dicho de otro modo, el mérito de Beatriz Talegon es haber puesto en evidencia un cierto cinismo de las formas de esta izquierda que peca de hiper-realismo y pragmatismo, y que pena en diferenciarse de sus rivales naturales (eso que se llama “derecha”).

Sin embargo, vale la pena ir más allá de esta pieza de retórica con el fin de entender las razones que la hicieron posible. En tal sentido, no es el hotel de cinco estrellas lo que realmente importa, sino más bien el significado político y cultural que se asocia al hecho de no reunirse en la sede de un sindicato, de una universidad o de alguna organización social para pensar el socialismo (cuyo carácter revolucionario proviene de su radicalidad democrática tal como se desprende por ejemplo del fascinante diálogo entre J.Habermas y A.Michnik a propósito de Polonia a mediados de los 90: “con menos ilusiones y más humildad”). Lo que es relevante en este episodio reciente es la evidente dificultad de los partidos socialistas europeos (pero también de la izquierda chilena en todas sus variantes) en transformarse en lo que Nabokov llama (en *Barra siniestra*) el “Partido del Hombre Común”, a diferencia de lo que sí logran tanto la nueva derecha radical europea y esa cosa rara y popular como el *Tea Party* en los Estados Unidos.

Es cierto que en América Latina las derechas se encuentra acosadas por un discurso de izquierda más igualitario, lo que podría prefigurar un tono y contenido

más radical por parte de las izquierdas chilenas sin mermar la moderación del “centro” político del cual todos hablan, olvidando que a ese centro hay que darle forma y no aceptar su existencia de clase media timorata y arribista como si esa fuese su identidad forjada en piedra. Precisemos el argumento: desde hace un cuarto de siglo, la izquierda chilena asumió en forma de evidencia moral (sí, moral) la libertad para elegir más o menos de todo (desde la salud o la previsión hasta la educación), renunciando con ello al ideal de navegar todos juntos en un mismo barco hacia destinos que nos son comunes (como el gozar de buena salud, beneficiarse de una jubilación digna o de una educación de igual calidad cualquiera sea su proveedor independientemente de los orígenes asociados a la cuna).

Pues bien, si cabe formular una crítica a la izquierda chilena es su blandura en defender una definición de la justicia que le sea propia, dotando de significado a políticas concretas en donde se juegan ideales que sabemos son utópicos, pero cuya virtud es cargar de fuerza moral a cada paso que se da en pos de la igualdad. Mientras sigamos confundiendo el pragmatismo de lo realizable (eso que en Chile llamamos “en la medida de lo posible”) con el significado sustantivo (utópico si se quiere) de lo que se pretende lograr, los hombres y mujeres de izquierda seguiremos entrampados en las contradicciones de una revolución que se forja en hoteles de cinco estrellas.